

23° Capítulo del Abad General M-G. Lepori OCist para el CFM – 22.09.2014

Os decía que si debemos una reparación al Corazón de Cristo es por nuestro descuido, por nuestro olvido de Él, porque no nos damos cuenta que Él nos ama y nos desea hasta padecer por nosotros. Es un aspecto a sacar a relucir en la lectura de nuestros místicos, como santa Gertrudis de Helfta.

Santa Gertrudis, como todas las místicas que la Iglesia nos pone como ejemplo y guía en la relación sponsal con Cristo, es precisamente de esto de lo que ha tomado conciencia. El Señor la ha llevado a darse cuenta que estaba descuidando al Esposo divino que le daba todo en Sí mismo. En todos los místicos y las místicas, esta toma de conciencia es una constante. Su conversión no es tanto una conversión de sus costumbres, de su comportamiento, porque solían ser buenos monjes y monjas, o buenos cristianos, bastante fieles, que cumplían con su deber, que quizá estaban en el monasterio desde la infancia. Pero llega un momento en el que la gracia les conduce a tomar conciencia del amor apasionado del Señor hacia ellos, y esto cambia su vida. En el fondo, los santos místicos son personas que habiendo percibido la mirada de amor de Jesús sobre ellos, no se han ido a esconderse de nuevo, como el joven rico. Después, su historia de amor con Jesús ha estado llena de altos y bajos, de fragilidad, de olvidos, de pequeñas o grandes infidelidades, pero, a pesar de todo esto, y a través de todo esto, han permanecido fieles al deseo de Dios en sus relaciones dejándose siempre atraer hacia Él después de cualquier mínimo alejamiento. Se han dejado purificar por la fidelidad apasionada del Señor a quererse unir a nuestro corazón.

Imaginemos que cada día pasamos delante de un mendigo de las calles de Roma, que no tiene piernas ni brazos, es ciego y no puede hablar. Quizá una vez u otra lo miramos durante cuatro segundos en lugar de dos, a veces le arrojamos tres moneditas porque el tintineo del bolsillo nos molesta. Imaginemos que un día descubrimos que aquel hombre se encuentra en tal estado porque cuando éramos niños tuvimos el riesgo de ser atropellados por un coche en la carretera y él se arrojó, nos salvó y sufrió él en nuestro lugar...

Cuando leemos los escritos de las místicas cristianas se da siempre un poco esta similar toma de conciencia con respecto al Señor. Y de allí sale una atención, un arrepentimiento por la distracción, un deseo de agradecimiento sin límites. Y normalmente Jesús no quiere demasiado arrepentimiento, demasiado pesar por las negligencias del pasado. Prefiere el agradecimiento, la alabanza, porque desea el amor, y hay más amor en el agradecimiento que en el arrepentimiento. Dios ama que exista y se exprese en nosotros la alegría de ser tan amados por Él. A Pedro, Jesús no le ha preguntado ni una vez: “¿Por qué me has negado?”. Sin embargo, “¿Me amas?” se lo ha preguntado por tres veces, y quizá muchas más.

Los textos en los que Santa Gertrudis expresa su agradecimiento al Señor por su misericordia y benevolencia, por las gracias que le concede, son innumerables.

Os cito uno como ejemplo, que me gusta especialmente porque Gertrudis expresa en él un agradecimiento total, en el que su corazón comprende toda la Trinidad y toda la creación, porque en el centro de esta acción de gracias está el don del Corazón de Dios: “Con estas palabras y otras que bullen en mi memoria, te devuelvo lo que es tuyo. Las haga resonar mediante el órgano sonoro de tu divino Corazón con la fuerza del Espíritu Paráclito y te alabo a ti, Señor Dios, Padre digno de adoración, con alabanzas y acciones de gracias, en unión con todas las criaturas del cielo, de la tierra y de los abismos y de todas las que existieron, existen y existirán en el futuro.” (*El mensajero del amor divino*, II, 23,16).

La acción de gracias del místico cristiano abraza todo: todo Dios, todas las criaturas, todo el tiempo. Quien se deja habitar por el Corazón de Cristo abraza el universo en Su agradecimiento al Padre. Cuando Jesús expresa públicamente su oración al Padre en el Espíritu Santo, dice siempre: “¡Te doy gracias, Padre!” (Jn 11,41; cfr. Mt 11,25; Lc 10,21). San Pablo se hace eco a menudo de esta acción de gracias a Dios en Cristo.

Pensemos en el gesto central y esencial de la fe cristiana: la Eucaristía. Es una celebración del sacrificio de Cristo por nosotros, pero no es un funeral: es el sacramento de la acción de gracias al Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo, por su darse totalmente y hasta el extremo a la humanidad, en el Hijo muerto y resucitado por nosotros. El mejor modo de celebrar un don, y para renovar la conciencia de que es ciertamente un don, es la gratitud. Si un amigo me ha regalado un cuadro, y lo tengo colgado en casa, cuando lo miro, el cuadro me recuerda al amigo que me lo ha regalado. No es solo un cuadro, es un símbolo en el que el dar del amigo y mi recibir con gratitud se reencuentran siempre de nuevo, se renuevan como experiencia. Pero la Eucaristía es esto al infinito. Y no se trata solo de un don que me ha hecho un amigo y que me hace recordar al amigo desde lejos, en su ausencia: es el Amigo mismo el que se ha hecho Don, y se renueva siempre de nuevo como Don para mí, para todos, y, por lo tanto, la gratitud, la acción de gracias, el *eucharistein*, no puede ser solo un sentimiento, un recuerdo, sino que es comunión, relación, abrazo del Amigo. La Eucaristía realiza sustancialmente el corazón a corazón con Cristo, con Dios.

Por esto, cuando se pierde el sentido de la gratitud, se pierde el amor. Debemos vigilar que los gestos y signos de nuestra vida cristiana y monástica sean siempre expresión de una memoria agradecida por el don que Dios nos hace de sí mismo, y no se conviertan en pesos que cargamos por deber. ¿Os acordáis de lo que os decía sobre ser siervos o esposas de Cristo? El anillo bendecido que se intercambian los esposos el día de la boda es símbolo de un enlace de amor. Incluso en ausencia del cónyuge, esto debería siempre suscitar la gratitud de pertenecer fielmente y para toda la vida a una persona con la que hacer un camino de amor y fecundidad. Pero cuando se comienza a mirar este anillo como si fuera el anillo de una cadena que hace prisionero, el significado del símbolo ya no se respeta.

A veces la fidelidad puede hacerse fatigosa, pero la fatiga no impide la gratitud, y la gratitud, si se cultiva, alivia la fatiga, y le da un sentido. Nos recuerda que estamos fatigados no por deber, por “condena”, sino para acoger aún más profundamente un don, el don del otro, y nuestro don al otro.

Esto vale para el enlace entre las personas, los enlaces relativos a nuestra vocación (con el marido o la mujer, con los hijos, con los padres, con una comunidad), y vale sobre todo, siempre y para todos, para el enlace con Dios, para el enlace con Cristo. Los místicos dan testimonio de esta fidelidad de amor y de gratitud al don supremo del enlace eterno con Jesucristo.

Perder la gratitud no quiere decir solamente perder un sentimiento, sino el sentido del valor de aquello a lo que estamos ligados, de aquello a lo que pertenecemos. Se pierde la gratitud cuando Cristo ya no tiene para nosotros el valor inmenso que tiene, es decir, si perdemos la preferencia de Cristo a todo lo demás. Por esto, perder la gratitud y perder la fidelidad es prácticamente la misma cosa, coinciden.

Pensemos en el episodio de los diez leprosos curados. Solamente uno vuelve para alabar a Dios y dar gracias a Jesús. Lucas pone el acento en el fuerte sentido de agradecimiento que expresa este hombre con todo su ser, con todo el corazón, con toda la voz, con todo su cuerpo: “Uno de ellos, viéndose curado, se volvió glorificando a Dios en alta voz; y postrándose rostro en tierra a los pies de Jesús, le daba gracias [εὐχαριστῶν αὐτῷ].” (Lc 17,15-16). Y Jesús señala: “¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios sino este extranjero?» Y le dijo: «Levántate y vete; tu fe te ha salvado»” (Lc 17,18-19).

Este agradecimiento, esta “Eucaristía” del leproso curado, le ha permitido volver a encontrar a Jesús, unirse con Él en la fe. No nos basta ser curados, ni siquiera de la peor de las enfermedades como la lepra. Nosotros tenemos necesidad de Cristo, de unirnos con Él. ¿De qué sirve haberse curado, estar bien, si no vivimos en Él en la fe? La gratitud verdadera es la que nos reconduce siempre al Señor, que nos ayuda a preferir al Señor a todo lo demás. Esta es la gratitud eucarística que expresan y nos enseñan los místicos cristianos. Por esto tenemos necesidad de acudir a ellos, de escucharlos.